

despreciaba demasiado para comprenderle en su lista de proscripción.

Bien sea falso ó verdadero este diálogo, es lo cierto que se halla consignado en la historia, y que califica de una manera admirable á aquel gobierno compuesto de un hombre hábil y astuto, y de otro simple y engañado siempre. A Fouché se le afrentaba, á Carnot se le hacia justicia.

## LIBRO TREINTA.

Juicio sobre los cien dias.—Entrada de Luis XVIII en Paris.—Discurso de Mr. de Chabrol.—Contestacion de Luis XVIII.—Luis XVIII en Paris.—Aclamaciones de la poblacion.—Situacion politica del rey.—Actitud de Fouché.—Decretos reorganizando la páiria y convocando la Cámara de diputados.—El ejército del Loira.—Ordens del dia del mariscal Davout.—Sumision del ejército á Luis XVIII.—El ejército adopta la bandera blanca.—Blucher quiere hacer volar el puente de Jena.—Devastacion del Museo y de las bibliotecas.—Violencias de los prusianos.—Exacciones.—Prision de los prefectos.—Impuestos de guerra.—Ocupacion de Paris y de la Francia por los ejércitos aliados.—Licenciamiento del ejército del Loira.—El mariscal Davout es reemplazado por el mariscal Macdonald.—Negociaciones diplomáticas en casa de lord Castle-reagh.—Ultimatum de las potencias.—Mr. de Talleyrand se separa de Luis XVIII.—Córte de Luis XVIII.—Su familia.—Favor de Mr. Decazes.—Mr. Decazes.—Su retrato.—Ojeada sobre su vida.—Su entrevista con el rey.—Informe de Fouché.—Proscripciones.—Debilidad del rey.

### I.

Tal fué el término que tuvieron los cien dias del segundo imperio de Bonaparte, que principió por un desembarco á mano armada y en medio de la mas completa paz, verificado en las playas de la patria, que triunfó por medio del soborno y de la sedicion promovida en el ejército, que se desgració por la traicion de algunos gefes, que se prolongó algo mas á favor de la servil sumision á

que la tropa habia reducido á la nacion, que se debilitó por la indiferencia ó desafeccion de los buenos ciudadanos, que se arruinó por la derrota de Waterloo, por la destruccion de aquel heroico ejército, por la perplejidad de Napoleon y por su abdicacion mas ó menos pronto decidida á impulso de las Cámaras, que fué explotado y vendido á los Borbones sin condicion alguna en favor de la libertad, por la ambicion de Fouché y por la inercia de sus colegas; que terminó, en fin, por una segunda invasion de la Europa y por la ocupacion temporal del suelo patrio por los estrangeros.

Así pasó aquel segundo imperio, y tales fueron para la Francia las resultas del atentado cometido por su antiguo gefe contra su reposo, independenciam y seguridad. Napoleon, al dar aquel paso avanzado, demostró bien poco interés por la suerte de la patria comprometida por su causa, bien poco celo por su fama que tanto tenia que perder, y harto poco conocimiento de la historia que no vuelve á repetirse jamás. Es cierto que su desembarco en Cannes y su marcha sobre París fueron heroicas y triunfales, mas aquel era el heroismo de la personalidad y el triunfo de la sedicion. Los preparativos de guerra fueron escasos y de poca importancia, como si se resintiesen de la vacilacion que existia entre adoptar el papel de dictador ó el de príncipe constitucional, restaurador de la soberanía del pueblo. La campaña fué arriesgada, la batalla desesperada por demas; pero sucesiva, diseminada, sin unidad ni destello alguno de genio ni talento. Sin arriesgarlo todo, como le aconsejaban Ney y las circunstancias, todo lo perdió sin embargo. Aquella derrota le destronaba á la vez en la frontera y en la capital. Sus amenazas á la Asamblea de los representantes, fueron temerarias; sus concesiones, forzadas; su renuencia del imperio, humillante; su retirada á la Malmaison, inexplicable para un hombre que tanto conocia la fortuna; las ofertas de sus servicios, pueriles; su fuga hácia la mar,

tardía; su embarque por tanto tiempo dilatado aguardando un imposible, quimérico hasta no mas; su entrega á bordo de un buque enemigo sin haber estipulado condiciones, loca y desatentada; su cautividad en fin, escrita de antemano. Todo cuanto á él es relativo, durante aquel período de su vida, aparece marcado con un sello de ceguera y decadencia, á escepcion únicamente de su marcha sobre París, que es la mas intrépida y la mas personal de sus campañas. El marchaba con su vista fija en el trono sin reparar atrás ni adelante, y apenas le hubo alcanzado, cuando le asaltó el vértigo de las dificultades que habia tenido que vencer para lograrlo, y por bajar de él, se precipitó desde lo alto. Aquel capricho del hastío, del heroismo y de la ambicion de Napoleon, vino á costar á la Francia mas de dos millones en armamentos, en tributos y en indemnizaciones de guerra, satisfechas á la Europa; la insurreccion, primer y fatal ejemplo dado por su ejército contra las leyes; el honor de sus generales y mariscales que olvidaron sus juramentos hechos á la patria por concederlos á pesar suyo á la popularidad militar de un hombre; el último ejército aguerrido que le quedaba despues de la invasion de 1814, su renombre de nacion invencible en el campo de batalla, el prestigio de su gloria, sus fronteras cercenadas por la espada de los vencedores, su suelo invadido, sus ciudades á merced de los estraños, su capital profanada, sus monumentos devastados en represalias, sus provincias y sus plazas fuertes ocupadas por tres años hasta la entrega de su rescate, y por último, el licenciamiento y desarme de los restos de Waterloo. ¡Y aun costó ademas, al gobierno de los Borbones que iba á suceder á aquel desastre, la independencia, la libertad y la popularidad del trono, al cual se quiso acusar injustamente de las consecuencias del crimen de aquella segunda invasion. Preciso era á la verdad tener gran sed de reinar, y un ánimo esforzado y decidido, para subir á un trono y encargarse del gobierno de

un pueblo, cubiertos ambos de ruinas por do quiera! Quizás no haya habido jamás en la historia de Francia una época mas desesperada, mas humillante y mas dolorosa para la patria que aquellos cien dias, y el período que los siguió inmediatamente. La patria, la monarquía, la libertad, la probidad del ejército, el patriotismo del pueblo, el carácter de las Cámaras, la fortuna pública, la gloria de las armas; todo, todo habia padecido, salvo el honor nacional. ¡Terrible lección para los soldados que á todo se atreven, y mas terrible aun para los pueblos que todo se lo permiten aunque sea en contra suya, á esos tribunos de gloria! La Francia no supo hacerse respetar por su ejército el 20 de marzo: el ejército y la Francia pagaban á la sazón su falta, el uno con la pérdida de su sangre y de su dominación, la otra por la de su dignidad ó independencia. No habia, pues, otro recurso que derramar lágrimas sobre la patria.

## II.

Rodeado de tan lúgubres circunstancias, verificaba el rey su entrada en París. Asi es, que bien fuese por pudor hácia su pueblo, bien por temor que tuviesen sus ministros de que pudiese suscitarse alguna conmoción desesperada en que el rey corriese riesgos personales, las salvas de los fuertes y de las tropas extranjeras no anunciaron su entrada en la capital hasta el momento en que ya atravesaba los arrabales y los baluartes para dirigirse á su palacio. Mr. Decazes, temiendo al arrabal de San Dionisio que con el de San Antonio habian constituido uno de los centros mas tumultuosos de los federados, habia aconsejado al rey que entrase por Clichy á la caída de la tarde.

«No, repuso Luis XVIII, como queriendo aludir á la

entrada nocturna de Napoleon el 20 de marzo, yo quiero atravesar París de dia claro y rodeado de mi pueblo. ¡Cuando los franceses contemplan á su rey, no hay que temer á los conjurados!»

## III.

El rey entró con efecto á medio dia, y á pesar de las precauciones adoptadas por el gobierno con el fin de alejar á la muchedumbre, era inmensa la que se agolpaba á su paso por todas partes. Todos los desenlaces hacen las veces de consuelos para un pueblo. El partido de Napoleon, compuesto casi esclusivamente de cortesanos y de gente del campo, habia desaparecido hacia ya cuatro dias; unos habian seguido el ejército de Loira, y otros se hallaban encerrados en sus casas aguardando el inevitable acontecimiento y negociando con Fouché para conseguir su amnistia y la devolución de sus bienes y dignidades. El pueblo, entusiasta desde luego por el milagroso regreso de su emperador y cómplice por sus aclamaciones de la sedición militar del 20 de marzo, no habia reconocido al ejército en su derrota, ni al emperador en su irresolución, en su fuga de París, en su inmovilidad en el Eliseo, en su abdicación ni en su negligente retirada á la Malmaison. Como su popularidad estaba ya gastada, solo quedaba en el ánimo de las masas el resentimiento que era consiguiente despues de tantas decepciones, y el dolor que les causaba el ver á la patria y á la capital entregadas por una sola batalla al extranjero. Los nobles y la clase media en masa, los primeros por afecto á los Borbones y como en represalias de su derrota del 20 de marzo, y los segundos por amor á la paz, á sus industrias y á su seguridad, parecian no ser mas que un solo hombre para llamar, para ver, para aclamar, en fin, á Luis XVIII.

Aquel príncipe, durante su corto y desgraciadamente interrumpido reinado, no había tenido ni aun tiempo de que se despopularizase su gobierno, cuya marcha fué atajada por la violencia de los bonapartistas antes de que pudiesen verse realizadas sus esperanzas, las cuales, como era natural, renacían con su regreso. Una imprecación casi unánime acusaba á Napoleón, á su familia, á sus cortesanos y soldados, de las calamidades todas que afligían á la patria. Aquellas imprecaciones, que aun nadie se atrevía á traducir como represalias contra los conspiradores civiles ó militares de los cien días, se convertían después en aclamaciones y en enterrecimientos por los Borbones. La bandera blanca, que ondeaba desde por la mañana como un signo de paz sobre el pabellón de las Tullerías, había hecho aparecer en un abrir y cerrar de ojos un millón de banderolas con los colores reales que ondulaban en todas las ventanas de los arrabales, de las calles y de las plazas que la comitiva debía recorrer. París entero parecía que se había empavesado á sí mismo con la bandera de las lises. Y es de advertir, que en aquella ocasión el impulso no provenía solo de alguno que otro grupo ambulante de realistas, ni era favorecido por Fouché; antes bien, este ministro hubiera deseado entibiar en algún tanto aquellos extremos para poder exagerar á los ojos de los Borbones las repugnancias y la irritación del pueblo de París. Pero el entusiasmo de la paz arrastró tras sí aquellos vanos manejos de la astucia. El rey volvía aquella vez, y con mucha más razón que en 1814, como una reparación para unos, como un arrepentimiento para otros, y como una salvación para todos.

## IV.

La guardia nacional, de cuyo mando acababa de encargarse el general Dessolles, antiguo lugarteniente de

Moreau, muy bien quisto en el ejército y aceptable para los Borbones por la antipatía de los hombres de aquel partido contra el imperio, erizaba con sus bayonetas neutrales y pacíficas las calles por donde debía atravesar la comitiva. Numerosos grupos de gente de la clase media desarmada, de jóvenes realistas y de artesanos se sucedían sin cesar por el arrabal de San Dionisio, precipitándose espontáneamente ante Luis XVIII al grito de ¡viva el rey! y entonando el canto popular de ¡viva Enrique IV! Aquel pueblo, con su gran concurrencia, con su apiñamiento y con sus estrepitosas demostraciones, parecía querer ocultar de la vista del príncipe y aun de la suya propia, el aspecto de los ejércitos extranjeros cuyo espectáculo humillaba y entristecía aquel regreso. Quería además hacer ver que entre el rey y París no había habido más que un hombre y sus satélites, y que una vez desaparecido aquel hombre y alejado su ejército, el pueblo y el rey se abrazaban mutuamente dejándose llevar del impulso natural y que guía á un padre hácia sus hijos y á estos á su vez hácia su padre. La población de París, tan fría, tan silenciosa y tan en corto número el 20 de marzo, se vengaba entonces de aquella jornada, y protestaba, aunque tarde, contra la opresión que el ejército le había hecho sufrir.

## V.

Serían las tres cuando apareció el rey por la barrera de San Dionisio. Formaban la comitiva el conde de Artois que marchaba á caballo al lado de una de las portezuelas del carruaje, el duque de Berry, su sobrino, que iba á la otra; los mariscales Marmont, Oudinot, Victor, Macdonald, Gouvion Saint Cyr, el duque de Feltré, y los generales Maison, Villate y Dessolles, los unos com-

pañeros de su corto destierro en Gante, los otros que habían permanecido fieles á sus deberes y juramentos durante el interregno. La servidumbre del rey y de los príncipes, los guardias de corps, los mosqueteros, la caballería ligera de la guardia, los voluntarios reales, los granaderos de la Rochejaquelin que formaban el pequeño ejército del príncipe en Alost y que se habían aumentado y reorganizado despues de la entrada del rey en Francia, marchaban en seguida, saludando á la guardia nacional, compuesta de sus amigos, de sus padres, de sus hermanos, por los cuales eran saludados á su vez como huéspedes á quienes se aguardaba con la mayor impaciencia en el hogar de la patria. Al menos aquel séquito que se componia todo de franceses, venia á dar á aquella entrada una fisonomía nacional. En aquel cordial recibimiento que París hacia á los Borbones, no eran por cierto los estrangeros ni la guerra civil los que triunfaban; eran mas bien los que habiendo sufrido el destierro voluntariamente, no habían sacado su espada contra la patria; y alejados de ella por algun tiempo á causa de su fidelidad, recibian entonces la recompensa en aquella afectuosa y sincera acogida que les hacia el pueblo, una vez libre de la opresion de las tropas. La recepcion hecha al rey en 1814, tuvo mas de curiosidad que de otra cosa; mas aquella fué toda emocion y ternura hasta el punto de verse correr lágrimas por muchos semblantes. Habíase espermentado tantas desgracias por ambas partes! habia tal afan de reparar y olvidar mutuamente aquel tan gran desastre! El rey ocultaba al estrangero; todo el mundo, pues, iba á refugiarse en el monarca para recobrar la patria en aquel hombre.

## VI.

Fouché habia colocado en la prefectura de París á Mr. de Chabrol, hombre que gozaba de una gran populari-

dad, y el mismo que en 1814 habia presentado á Luis XVIII las llaves de París, y regido la ciudad durante la primera restauracion. Mr. de Chabrol, aunque magistrado del imperio, habíase respetado á sí mismo lo suficiente, asi como á su patria, para creer que debia retirarse con los Borbones al regreso del emperador. Fouché deseaba, pues, en aquella ocasion que Mr. de Chabrol, al dirigir la palabra á Luis XVIII en nombre de la ciudad de París, le intimase algunas condiciones, y entremezclase en su peroracion ciertos consejos ó advertencias dirigidas al monarca; pero Mr. de Chabrol se negó á apelar á una inconveniencia semejante precisamente en tales momentos. ¿Pues qué, la defeccion, la fuga, el destierro, la sangre derramada en Waterloo, aquel regreso verificado por medio de unas provincias invadidas y de la capital ocupada por cuatro ejércitos estrangeros, no eran ya por sí mismas advertencias harto elocuentes para ir á amargar todavia aquella reconciliacion del rey con su pueblo por medio de recuerdos ó de presentimientos siniestros? ¿Era acaso necesario, por otra parte, trocar de aquella manera los papeles, haciendo que recayesen sobre el rey todas las fallas y errores cometidos, cuando el pueblo y el ejército tenian tambien no poco que echarse en cara? ¿Era propio, por ventura, de aquellos que habían dejado invadir la capital y el trono por Napoleon, el pedir una reparacion á Luis XVIII despues de haber sido ellos mismos los que le abandonaron, destronaron y proscribieron? Mr. de Chabrol, por lo tanto, solo se limitó á enumerar las calamidades que los cien dias de la presencia de Bonaparte y de la ausencia del gobierno legitimo habían acarreado sobre la patria, y á solicitar por todos los errores cometidos el perdon tan propio y natural de un rey y de un padre, asi como respecto á las desgracias ocurridas, el olvido y el consuelo necesarios para verlas todas reparadas.

Luis XVIII, con una conveniencia que era el don de su naturaleza y la inspiracion de su politica, contestó al órgano de la ciudad de París sin hacer la mas pequeña alusion que pudiera tomarse por reconvenccion ó por venganza. «Yo abandoné á mi capital sumergido en el mas profundo dolor, y vuelvo á entrar en ella lleno de ternura y reconocimiento; los males que durante este tiempo la han amenazado habian sido ya bastante previstos por mí; yo me encargo, pues, de prevenirlos y de remediarlos.» Aquellas palabras encerraban toda la situacion. Habia en ellas una queja, pero atenuada en gran parte por el dolor; una promesa, la de intervenir entre la Francia y el enemigo para atemperar, si era posible, la victoria; y una esperanza, la de establecer un buen gobierno.

Mas al mismo tiempo que Luis XVIII deseaba atenuar la expresion de amargura y humillacion que un regreso semejante por medio de los ejércitos estrangeros causaba á la nacion, no queria tampoco disimular hasta el extremo para con el pueblo el profundo dolor y el patriótico resentimiento que experimentaba al atravesar su capital invadida y las provincias conquistadas por la sedicion de los unos, ó por la falta de energia de todos. Volvió á correr el cristal de su carruage, abierto tan solamente para escuchar la arenga del prefecto de París, y procuró arreglar su semblante, de manera que su aspecto, al par que magestuoso é impasible, presentase una mezcla de cólera y una gran dignidad. El deseaba hacer comprender al pueblo, que si entraba sin odio en el corazon, no por eso habia olvidado completamente la injuria recibida. Procuró desterrar las lágrimas de sus ojos, la sonrisa de sus labios, y toda emocion paternal de su semblante. Conociase que no queria implorar el favor ni mendigar el trono, sino restablecer por el derecho que le asistia, y por su severa autoridad, un reinado interrumpido por las facciones. Semejante sentimiento, que se revelaba desde luego en su fisonomia, fué perfectamente

comprendido por el pueblo, que gusta del orgullo, aunque sea en contra suya. Cuanto mayor reserva manifestaba el rey en su demostracion, crecian mas y mas las aclamaciones y el entusiasmo del pueblo. Hubiérase dicho que la poblacion de París trataba de arrancar de su corazon por aquel medio el dolor que lo sellaba y el perdon que debia salir de él.

## VII.

Al aproximarse al palacio por la parte del Carrousel, la entrada triunfal decayó en gran parte de su alegría y regocijo al contemplar las tropas prusianas que ocupaban el jardin y los patios, convirtiendo aquella régia mansion en la prision de la Europa. La guardia nacional y los cuerpos de la casa real se apresuraron al punto á apoderarse de las puertas, de las escaleras y de las salas de armas, á fin de evitar á la Francia y al príncipe mismo el dolor que debia causarle ver una habitacion real situada en el centro de la capital, guardada por soldados del Norte. El rey se apeó de su carruage en el mismísimo desde donde cien dias antes habia emprendido su fuga al resplandor de las antorchas, y en el cual Napoleon habia sido recibido al dia siguiente para ser conducido al trono en los brazos de sus granaderos. El monarca fué acogido allí por su servidumbre que se precipitaba á sus pies abrazando sus rodillas, y cubriéndole de lágrimas todos sus vestidos. Desde allí le condujeron al balcón de la sala de Mariscales que da sobre el jardin de las Tullerías, y al presentarse en él oyóse resonar en los aires el grito unánime de aquella inmensa multitud que le saludaba en su regreso, como ofreciéndole aquella tierna reparacion de su destierro. Aquel incesante clamoreo que se repetia al mas insignificante ademan del

monarca, amenazando prolongarse aun mas allá del día, le obligó, así como á los príncipes, á continuar asomados á los balcones de palacio hasta despues de anochecido.

El delirio de aquella escogida turba, compuesta principalmente de las familias mas nobles y ricas, y de la gente mas acomodada del barrio aristocrático próximo á palacio, llegó hasta el extremo de olvidarse de toda conveniencia y de toda dignidad nacional. El regocijo de los pueblos tiene tambien su cinismo, como tiene á veces sus furores. No bastando ya los cánticos, los gritos, las lágrimas, los ademanes de aquella multitud para expresar bien su fanatismo, vióse á las señoras y á los caballeros de las clases mas distinguidas y de los nombres mas históricos de la Francia, que á imitacion de los pueblos salvages, formaban ruedas y turbulentas bacanales, y bailaban agarrados de las manos ante el rey y ante su córte, alumbrados por la luz de las antorchas, como hacian los israelitas ante el arca sagrada. Cuantas veces el príncipe, muy satisfecho á la verdad, pero cansado ya de tales demostraciones, se retiraba del balcón para hablar con los ministros y con sus gentiles hombres, mil y mil voces fanáticas le obligaban á volver á asomarse para asistir á otras nuevas locuras inventadas por el público regocijo. Por último, llevado el rey de la energía de aquellas aclamaciones y del sin número de manos que se alzaban hácia él, decidió bajar á la gradiería del palacio á fin de satisfacer mas de cerca aquella sed insaciable de realismo.

Aquel gozo, sin embargo, mas bien causaba pena que placer. Las gentes pensadoras no veian en aquellos escándalos de cariño de la sociedad elegante y aristocrática de París, las conveniencias propias de un pueblo que acababa de perder su derecho de soberanía el 20 de marzo, su gloria en Waterloo y su independencia nacional la víspera en París. Una triste resignacion, una tier-

na y reparadora acogida, pero reservada y silenciosa al mismo tiempo, habria sido mucho mas digna de la Francia á los ojos de su rey y á los de la Europa armada. Mas en aquellos delirios habia tambien sus represalias. El rey, que lo habia presenciado todo, debió pensar en su interior que aquellos mismos partidos que hacian tales extremos de regocijo, podrian quizá con el tiempo hacerlos tambien para satisfacer otras venganzas, y tratar de exigirle satisfacciones de odio que le costaria no poca pena disputarles.

## VIII.

Durante la primera noche que pasó el rey en París no cesaron ni un solo momento los tumultos producidos por aquellas locas manifestaciones. Luis XVIII era entonces mas rey que nunca lo habia sido, puesto que reinaba ademas en el corazon de todo aquel pueblo, que por lo demas, no se pertenecia ya á sí mismo, entregado como se hallaba por segunda vez á la invasion y á las venganzas de la Europa armada. Era preciso, pues, aplacar, desarmar y hacer retirar á la Europa al mismo tiempo que gobernar al pueblo, el cual, por resultado de los cien días, habia creado tales gérmenes de division en su seno, que harian que la segunda restauracion fuese mas bien que un reinado pacífico, un partido y una lucha.

El rey no desconocia ninguna de aquellas dificultades, mas tambien estaba íntimamente convencido de las ventajas que en su favor tenia su segunda situacion comparada con la primera.

Un año antes cuando subió al trono por la vez primera, él no era aun conocido en Francia, y se presentaba como un candidato patrocinado por los extranjeros. A los ojos de los franceses solo representaba un régimen ya

gastado y repudiado, y quizá tambien incompatible con las ideas é intereses creados despues de su emigracion. Iba á suceder á un héroe que dejaba embriagada á la Francia con su gloria y con el orgullo de sus conquistas, y á quien por primera vez se le habia resistido la victoria. El ejército de aquel conquistador, privado de su jefe aunque intacto y lleno todavia de prestigio, era un imperio dentro de otro imperio, un pueblo pretoriano con el cual era preciso contar ó retirarse. Sus gefes, sus dignatarios, sus mariscales, generales, altos funcionarios, diplomáticos, senadores, y hasta los cortesanos, estaban aun en pie, unidos y solidarios, y habiendo puesto sus condiciones á la restauracion, podian aun dominarla ó comprimirla, si es que ya no disponian de ella á su antojo. El partido antiguo, ó sea el llamado del rey, no era admitido para nada en el círculo del partido que habia sobrevivido al imperio, sino como por una gracia especial ó por una especie de celosa hospitalidad. Ambos partidos se disputaban la preferencia en palacio, en los favores, en los empleos públicos, en el ejército. Hacer que prevaleciesen los realistas era disgustar y alejar á los ambiciosos de la corte y de los campos procedentes de las administraciones de Bonaparte; y por el contrario, preferir á los bonapartistas era atraerse la enemistad de los afectos á la antigua monarquía y hacer que se quejasen de ingratitud ante la alta nobleza, la iglesia, la emigracion, y ante la Europa entera. Bien se ve, pues, que en esta situacion del rey en 1814 no faltaban abismos y asechanzas que era casi imposible el evitar. El rey, en cierto modo, no era mas que un delegado de los poderes del imperio, un virey de la revolucion, el árbitro tolerado entre ambos partidos; una especie de conciliador, un huésped del pais; en una palabra, no era dueño de nada ni mucho menos era rey.

## IX.

Es cierto que el rayo lanzado el 20 de marzo vino á conmovier el trono desde sus mas hondos cimientos, mas tambien contribuyó en gran manera á despejar la situacion, separando completamente por medio de una franca é irreconciliable agresion, los elementos realistas y napoleónicos. Habia hecho mas aun; pues la opinion de las masas, indecisa hasta entonces é indiferentes, habiase inclinado del lado del rey como en reprobacion del atentado del 20 de marzo y por un sentimiento en favor de las calamidades nacionales, que fueron el resultado de aquel atentado. El rey, que en 1814 solo era tolerado ó aceptado, era á la sazón implorado y aclamado por casi toda la nacion unánime: solo él podia interponerse entonces con algun provecho y utilidad entre la Francia vencida y la Europa provocada. Los servicios que podia él prestar á la nacion, le harian aparecer sagrado ante la misma. Hallábase inocente de sus desgracias, puesto que ni él habia llamado á Bonaparte ni tampoco á los extranjeros, habiendo sido la Europa la que se habia armado por sí misma á fin de atender á su propia seguridad y no por causa de aquel rey que le era totalmente indiferente. No habia tampoco provocado en Francia la guerra civil ni retirándose á la Vendée sublevando de este modo á la mitad de su reino en su favor. Habíase acogido á Bélgica, desde donde, permaneciendo siempre á disposicion de su pueblo y de los acontecimientos, habia asistido como espectador afligido é impotente, á la lucha de Bonaparte con la Europa. Cayó por fin Napoleon bajo el peso de sus propias faltas y de su misma impotencia, y un grito nacional de angustia y de afliccion habia vuelto á llamar á París á Luis XVIII á fin de reparar las ruinas amontonadas por



su antagonista. El ejército renunció á defender á la nacion que por su abandono quedó entregada al extranjero; las Cámaras cerradas no representaban mas que una faccion vencida y desacreditada por su derrota; el pais, pues, se entregaba al rey por su libre y omnimoda voluntad. Aquella situacion hacia que el rey se encontrase mas bien que con un reinado, con una dictadura de salvacion pública, teniendo libre el derecho de retirar su confianza á los hombres que acababan de engañarle con tan insigne deslealtad y mala fé, pudiendo ser amigo para sus amigos y rey para sus enemigos, árbitro absoluto de los partidos y no el negociador entre ambas causas. En una palabra; en 1814 no hizo mas que transigir; en 1815 se proponia reinar. Al cabo de tres meses de afliccion y de destierro volvía á verse reintegrado en la plenitud de su gobierno, del cual podia decirse que solo habia visto una sombra.

## X.

Dos únicos peligros le amenazaban todavía: las exigencias sin pudor de la Europa victoriosa, que, escudando sus crueldades y espoliaciones con el nombre del rey, asociaria de este modo aquel nombre, en el ánimo del pais, al resentimiento propio de una nacion conquistada contra el extranjero; y las exigencias tambien sin tasa ni limitacion alguna, del partido realista, impolítico y retrógrado, de la emigracion, representado en la corte por el conde Artois, su hermano, y apoyado en las Cámaras y en las provincias por la nobleza y por el clero cuya esclusiva influencia era harto temida en el pais. Mas él confiaba vencer la primera de aquellas dificultades por medio de la proteccion de la Inglaterra, de la amistad, algo resfriada á la verdad pero fácil de renovar, con el emperador Ale-

jandro y de la consumada habilidad de Mr. de Talleyrand; y esperaba prevenir la segunda con la separacion de Mr. de Blacas, con la confianza que depositaba en Fouché, sacrificio de que la nacion era buen tesago, y finalmente, con esa diplomacia personal y con esa proverbial prudencia debida solo á los años y á la esperiencia. Su propia habilidad le inspiraba á él una ilimitada confianza al ver que poseía ademas el instinto del gobierno en las épocas mas difíciles asi como la ambicion tan natural en su alta y elevada categoria. Espectador y victima de las revoluciones, cuyos reveses habia sufrido diferentes veces, testigo de los errores y de la desgracia de Luis XVI, su hermano profundamente convencido de la incapacidad política de su otro hermano, el conde de Artois y ejerciendo un gran dominio, por el ascendiente del talento, de la edad y del trono, sobre sus tres sobrinos, creíase completamente seguro de hacer sentir su inflexible superioridad á todos los partidos y de contener á los unos intimidando á los otros.

Tal era la opinion que Luis XVIII habia formado de los demas y de sí mismo, opinion que á la verdad no carecia de escusa en su naturaleza y en su inteligencia. El poseía la primera condicion de un rey, que era afectar que creía en la divinidad de su derecho, y en lo que verdaderamente creía era en sí mismo.

## XI.

Pero por mas que la segunda caida de Napoleon y el último abatimiento de la Francia hubiesen allanado en gran manera para el rey, las dificultades que se le presentaban para reinar, y por mas que la Francia no tuviese á la sazón que escoger para reponerse del 20 de marzo mas que entre los Borbones ó la muerte, alguna

cosa habia que hacia resaltar desde luego la incompatibilidad que desde 1789 se observaba entre la Francia nueva y la dinastía del antiguo régimen. Luis XVIII regresaba al palacio de sus padres, apoyándose con una mano en un obispo secularizado, casado, tráfuga de su iglesia, negociador de la revolucion en 1792, ministro favorito, y cómplice quizá de Napoleon, y con la otra en un regicida rebelado la vispera en contra suya, y que solo consentia en abrirle las puertas de su palacio á condicion de que habia de arrojar de él á los enemigos de su infancia y de que habia de seguir imperando la revolucion encubierta bajo su nombre.

Una vez separado del gobierno Mr. de Blacas, Talleyrand y Fouché, á quienes el rey habia juzgado necesarios para representar las garantias de la revolucion en su consejo, decian suficientemente cual era el vencedor, cual el vencido, entre el espíritu antiguo y el moderno, aun en medio de un país ocupado y dominado por un millon de enemigos. Aquellos dos hombres, colocados por el destino como una burla viviente á ambos lados del príncipe legítimo, humillaban y rebajaban el triunfo. Parecian á aquellos antiguos insultadores que marchaban detrás de las ovaciones de Roma, para recordar al vencedor que era hombre y al rey que estaba amnistiado. Luis XVIII tenia suficiente talento para comprender aquel símbolo, suficiente orgullo para darse por sentido, bastante ambicion para tolerarlo, y la necesaria prudencia para interpretarlo en su nuevo reinado. Las sesiones de su consejo dieron principio al dia siguiente con asistencia suya.

## XII.

Treshombres conspiraban ya en el seno de aquel consejo los unos contra los otros, asociándose á la sazón solamente por una necesidad que parecia ser conformi-

dad en sus ideas. Mr. de Talleyrand contra Fouché, éste contra Mr. de Talleyrand, y el rey contra los dos. Mr. de Talleyrand tenia la suficiente penetracion natural para no comprender que al introducir á Fouché en el consejo del rey, habia tendido un lazo á su ambicion, y que el escándalo de su situacion le haria desaparecer antes de mucho. Asi, pues, el tiempo era el encargado de desembarazarle de su rival.

Por lo que hace á Fouché, es cierto que al abalanzarse al ministerio despues del regreso del rey, habia padecido una especie de aturdimiento producido por su ambicion, que revelaba en él mas bien un deseo grande de darse importancia que un verdadero genio de las situaciones. Su papel, míresele bajo el aspecto que se le mire, debia concluir en el momento mismo en que el rey se viese restablecido en el trono. Una grande individualidad separada de los negocios y adornada con algun vano titulo sin ejercicio, ó bien una embajada notable en una córte lejana, era á lo único á que él podia optar en adelante. Su recompensa estribaba en la satisfaccion de amor propio que aquella superioridad en la audacia y en la intriga le habia dado en tres épocas distintas: prócnsul en tiempo de la Convencion, ministro con el destructor de la república, árbitro durante dos reinados, y dueño de dos revoluciones en tiempo del segundo imperio, ángel malo de Napoleon, moderador de la crisis del 20 de marzo, restaurador de aquellos mismos Borbones á quienes él habia despreciado y proscrito, hombre necesario para el rey despues de haber sido terrible para con él, y retirado por último de una escena en que nada le quedaba ya que hacer mas que entregarse á la historia.

Mas para asombrar á esa misma historia con una osadía mas de su inconsecuencia, habia querido ademas ser ministro de los Borbones sin transicion de época ni de circunstancias; esto es, el Fouché del dia siguiente, arrojando con insolencia sus vestiduras revolucionarias, y

adornándose con las de cortesano, contra el Fouché de la víspera. Prescindiendo por un momento de aquel cinismo de versatilidad, degradaba al hombre hasta no más, y no daba lugar al considerarlo sino á la risa ó á la indignacion; era preciso convenir en que la situacion en que con aquel paso se colocaba Fouché, era insostenible de todo punto aun para su genio audaz é intrigante. No debrian pasarse muchos dias sin que viniese á desplomarse sobre él.

Si trataba de dar gusto á los Borbones, sirviendo á sus resentimientos y haciéndose el instrumento de su política, venia á convertirse en azote de sus propios cómplices, perdiendo por aquel solo hecho toda su popularidad é importancia en el partido revolucionario; y si, por el contrario, trataba de complacer á la revolucion, al imperio y á sus cómplices de 1793 y del 20 de marzo, se hacia al punto mismo sospechoso al rey y á su partido. El sin duda alguna se lisonjaba de poder sostenerse en equilibrio sobre las dos facciones que iban á disputarse la Francia, de poder dominar al partido de la corte por medio de la intimidacion del partido del ejército, y de manejar á este último con la intimidacion del primero, mostrando á los unos la revolucion, pronta á reaparecer, y á los otros la venganza de los realistas, próxima á confundirlos; de este modo aparentaba contenerlo todo con sola su destreza y habilidad. Mas aquella farsa, que hubiera sido posible para un hombre de Estado en 1814, cuando los ejércitos estrangeros se habian retirado ya, y cuando el rey se hallaba solo y desconocido de su pueblo, no lo era igualmente en 1815, cuando las potencias estrangeras, que se hallaban armadas rodeando el trono, y apoderadas ademas de todo el reino, respondian al rey de la sumision del pueblo y de la inmovilidad de la revolucion. Aquellas potencias no permitian que los realistas alimentasen temor alguno por los movimientos de la opinion ó las demostraciones revolucionarias despues de

tantos años que se hallaban acampadas en aquel territorio, quedando asi roto en sus propias manos el instrumento de que Fouché pretendia valerse en aquella ocasion. Evidentemente el rey solo le habia aceptado como parlamentario del momento entre su persona y los restos de una insurreccion bonapartista, hallándose decidido á separarlo de sí apenas hubiera entrado en su capital, licenciado el ejército, proscrito á los culpables y afirmado el trono bajo sus pies.

Mas ¡cuánta no sería la ceguedad de un hombre de tanto instinto y tan ducho en materia de reacciones como Fouché, para poder creer en el reconocimiento de las cortes, en su propia necesidad, y en la solidez del poder de uno de los jueces de Luis XVI, en el palacio mismo de aquel, en medio de sus hermanos, de sus sobrinos, de sus vengadores, en fin! Esto no se explica fácilmente por ninguna combinacion en una cabeza bien organizada, y solo acaso pudiera atribuirse á esa especie de vértigo que se apodera á veces de los ambiciosos y tambien de los reyes, y que oculta á sus ojos todo aquello que los demas ven claramente á su lado, que los hace caer en sus propias redes y que los castiga con los mismos resultados que ellos se prometian. Los grandes vicios, asi como las grandes virtudes, no gozan del privilegio de la infalibilidad, y los hombres, aunque sean unos perversos, siempre son hombres, siendo á veces víctimas de sus mismas intrigas, engañados por su codicia, asi como los buenos lo suelen ser tambien de su candor, engañados quizá por sus virtudes. Todo concluye en el mundo para todos por la decadencia ó por una caída. Esta es la ley de las cosas humanas. Solo la posteridad es la que hace revivir á los unos en su estimacion, dejando á los otros ilustres siempre, pero ilustres por su desprecio. Esto fué lo que sucedió á Fouché.